

Una de las estrategias más empleadas por el autor de *El enigma de la representación* es la del desenmascaramiento. De principio a fin, Llano intenta desenmascarar todas las paradojas, todos los efectos perversos, todas las caras ocultas de las posturas filosóficas que lo ocupan, los subrepticios parentescos intelectuales que subyacen a la disparidad aparente.

Singularmente ágiles, precisas, sugerentes y brillantes son las páginas sobre Kant, como ocurre en todas las obras de Alejandro Llano, desde *Fenómeno y trascendencia en Kant* (1973). Muy original y atrevida, pero bien fundada y convincente resulta su interpretación del mito de la caverna de Platón. Su explicación de las relaciones entre pensamiento y lenguaje es breve y muy clara, los capítulos sobre Frege y Millán-Puelles son particularmente lúcidos.

En el libro se echa en falta un último capítulo sobre la postmodernidad, que aparece certeramente aludida en la introducción, pero que apenas comparece en el resto de la obra. Este capítulo ausente constituye un libro entero que vio la luz años antes que el que ahora nos ocupa; se trata de *La nueva sensibilidad* (1988).

En el fondo de *El enigma de la representación* late inconfundible una esperanza: la de la renovación de la metafísica. Alimentada por razones sólidas, por la asimilación de los fracasos sufridos por la filosofía durante estos veinticinco siglos, así como por la reposición sin complejos de sus mejores hallazgos, esta esperanza aspira a ser compartida. Adentrarse en *El enigma de la representación* es ya participar en ella.

Amalia QUEVEDO

John MACQUARRIE, *A Guide to the Sacraments*, SCM Press, London 1997, 245 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 0-334-02681-4.

Las relaciones entre catolicismo y anglicanismo en este último siglo han oscilado entre la convergencia y la divergencia, pasando por momentos como la publicación en 1896 de la bula de León XIII *Apostolicae curae*, los trabajos posconciliares de la *Anglican/Roman Catholic International Commission* (ARCIC I y ARCIC II), y la decisión por parte de algunas comunidades anglicanas, en tiempos recientes, de ordenar a mujeres.

El Papa Juan Pablo II, en su Carta Apostólica *Tertio Millennio Advéniente* (n. 34), lanza la siguiente invitación: «La cercanía del final del segundo milenio anima a todos a un examen de conciencia y a oportunas iniciativas ecuménicas, de modo que ante el Gran Jubileo nos podamos presentar, si no

del todo unidos, al menos mucho más próximos a superar las divisiones del segundo milenio. Es necesario al respecto —cada uno lo ve— un enorme esfuerzo».

En la línea de este esfuerzo se puede situar el presente libro, escrito por un anglicano, John Macquarrie, Profesor Emérito de la Cátedra Lady Margaret en la Universidad de Oxford. Su libro está pensado como guía para el clero, estudiantes y laicos, que buscan una mejor comprensión de los sacramentos (cfr. Prefacio, p. vii). Aunque presenta datos bíblicos e históricos imprescindibles para conocer los sacramentos, su pretensión no ha sido elaborar un tratado exhaustivo. Procura utilizar un lenguaje asequible y ameno.

El libro reviste especial interés como vehículo de comunicación entre las perspectivas católica y anglicana. Para los católicos representa, en cierto modo, «una voz del otro lado», que explica el modo anglicano de enfocar misterios tan vitales como los sacramentos.

* * *

La obra consta de dos partes: una de carácter preliminar, que explica —en cinco capítulos— el «principio sacramental»; y una segunda que expone —en 15 capítulos— la doctrina sobre cada uno de los siete sacramentos.

El autor toma la acertada opción de no comenzar directamente por los sacramentos individuales, sino de asentar principios teológicos que permitan apreciar mejor la economía sacramental. Se fija primero (caps. 1-3) en la estructura natural y esencialmente sacramental del mundo creado. La comunicación entre seres humanos y entre Dios y los hombres pasa por el mundo visible. Las realidades sensibles poseen la virtualidad de remitir a lo invisible, lo espiritual, lo divino; y también de encauzar la gracia. Esto implica que Dios no actúa arbitrariamente al insertar los sacramentos en la economía de salvación, sino que toma la natural virtualidad para la mediación y representación existente en la creación. Esta valoración positiva del mundo hace que el cristianismo sea fuertemente «materialista», en sentido bueno (cfr. p. 6), dando respuesta a la aporía de la trascendencia-inmanencia de Dios con respecto a lo creado.

Prosiguiendo en la línea del principio sacramental, el autor propone en el cap. 4 una jerarquía misteriosa: Cristo, sacramento de Dios; la Iglesia, sacramento de Cristo; los siete sacramentos, «sacramento» de la Iglesia (cfr. p. 37). Llevando esta idea un poco más adelante, define a Cristo como el «supersacramento» (cfr. pp. 37-8), ya que su persona (y las riquezas de gracia que contiene) forma un misterio inseparable de los sacramentos.

¿Qué noción de «sacramento» maneja el autor? La definición estricta que utiliza es la que figura en los «Artículos de religión» de los anglicanos: signos eficaces de la gracia («effectual signs of grace», p. 73), que tienen una parte exterior visible, y la gracia interior (cfr. p. 46). Al igual que los «Artículos de religión», el autor distingue dos «grandes sacramentos» —el bautismo y la eucaristía—, del resto —los «comúnmente llamados sacramentos («those commonly called sacraments»), a saber, la confirmación, la penitencia, la unción, las órdenes, y el matrimonio» (Prefacio, p. viii)—. Llama a los 2 primeros sacramentos como «dominicales» (cfr. p. 35), porque consta claramente en el Nuevo Testamento su institución por Cristo.

Al analizar la esencia de los sacramentos, el autor hace hincapié en la unión de acción y palabra, porque entiende que cada sacramento está diseñado para incidir en la persona en su totalidad. Las palabras sagradas penetran por el oído hasta la facultad intelectual, pero también los demás aspectos sensibles del rito sacramental alcanzan los sentidos y comunican el hecho de la salvación que Dios está obrando en el sujeto (cfr. p. 25).

El autor intenta ofrecer una visión unitaria del sacramento en cuanto a sus dimensiones exteriores e interiores (*sacramentum, res*). Defiende la inseparabilidad de los dos elementos. Aunque rehusa términos como *causa* (cfr. p. 73) y *ex opere operato* (cfr. p. 51), mantiene el principio genérico de inseparabilidad entre signo externo y efecto interior. Quiere de esta forma evitar el extremo, tanto de una visión automatista o «mágica» de los sacramentos, como el desprecio por ritos exteriores.

En cuanto al orden de los siete sacramentos, el autor elige una secuencia que difiere de la del *Catecismo de la Iglesia Católica* en un solo aspecto: antepone la penitencia a la eucaristía, al considerar que la penitencia forma parte del dinamismo iniciador-purificador del bautismo y de la confirmación, mientras que la eucaristía es un sacramento de madurez (cfr. pp. 8, 102).

Al final de la sección general, el autor argumenta a favor del número septenario de sacramentos, sugiriendo que cada uno cumple una función específica en el fomento de las virtudes: el bautismo, para la fe; la confirmación, para la perseverancia; la confesión, para la penitencia; la eucaristía, para la autodonación; la unción, para la integridad («wholeness»); el orden, para el servicio; el matrimonio, para el amor. (Otra razón de conveniencia por el número septenario aparece en la p. 39). Aunque tal elenco pueda ser discutible, no hay que perder de vista su intención de fondo: presentar el conjunto de los sacramentos como un medio salvífico articulado, que permite alimentar necesidades diversas del alma. («They provide an ordered structure and support for the life of the Christian, from its beginning to its end», p. 46).

Pasemos ahora a examinar los capítulos que conciernen a los sacramentos en particular. Nos fijaremos especialmente en las ideas que son relevantes para el diálogo ecuménico.

Bautismo

El autor nombra dos efectos del bautismo, uno referente al pecado y otro referente a la comunión en la salvación. En cuanto al pecado (y la liberación de él) afirma que es evidente una cierta corrupción de la humanidad, que no mengua con el paso de los siglos. No pretende explicar con detalle el misterio de la situación pecaminosa de la raza humana, pero sí sugiere que, por la solidaridad de la humanidad, la pecaminosidad atañe efectivamente a cada individuo (cfr. pp. 67-68). Critica la concepción agustiniana del pecado original, como excesivamente vinculada a la sexualidad y a la reproducción.

El autor se muestra a favor del bautismo de niños, habida cuenta del fuerte peso de la tradición. Considera sin embargo que el caso paradigmático es el bautismo de adultos, que es donde se da la «conversión» en toda su amplitud (cfr. pp. 69-77). En el caso de infantes admite que el paradigma del perdón es aplicable en grado menor, destacando más el segundo efecto, el de inserción en una comunidad de salvación.

Confirmación

En el capítulo sobre la confirmación (así como en los capítulos sobre el bautismo y el orden) sale a relucir una tesis general del autor. Podría denominarse la visión dinámica o histórica del sujeto de los sacramentos. Según el Prof. Macquarrie, aunque los ritos sacramentales se realizan en un momento, están de hecho insertos en el contexto global, vital-religioso, de la persona. En este sentido los sacramentos son hitos en un proceso de desarrollo espiritual. La tesis «procesual» sirve para entender el bautismo, p. ej., como un momento en la historia del tránsito del individuo del ámbito del pecado al ámbito de la santidad; es un proceso que dura toda la vida. La confirmación, a su vez, cobra sentido como momento fuerte del proceso de fortalecimiento del individuo. (El mismo concepto de «proceso» sirve más adelante para hablar de los ordenes sagrados y del matrimonio). El autor llega a sugerir (cfr. pp. 83-84; 184-186) una reinterpretación del carácter sacramental (tradicionalmente entendido como sello espiritual, impreso en el alma en el momento recibir algunos sacramentos), a favor de una definición dinámica o teleológica. Este término sería entonces la expresión de la meta final de los procesos de formación que tienen lugar en el espíritu humano, procesos a los que ayudan sacra-

mentos concretos (el orden, hacia la formación de un alma verdaderamente sacerdotal; el bautismo, hacia la formación de una disposición hondamente cristiana).

Penitencia

En cuanto a la penitencia, el autor advierte contra una aproximación rutinaria, o uso mecánico, del sacramento. Ofrece una sugerencia pastoral (cfr. p. 97): que el ministro no se limite a dar una penitencia consistente en recitar oraciones, sino que amplíe la gama de posibilidades, incluyendo otros actos que puedan servir para rectificar el rumbo de vida del penitente. P. ej., para un individuo soberbio la penitencia podría concretarse en la indicación de meditar sobre la virtud de la humildad; para una persona perezosa, la indicación podría ser hacia una actividad que le obligara a usar una mayor diligencia.

También aboga por recuperar la dimensión comunitaria del sacramento (cfr. pp. 98-99). El bautismo produce la incorporación del individuo a una comunidad salvífica; es preciso, pues, buscar el modo de que se vea más claramente que la penitencia reintegra al pecador en la comunión espiritual de los fieles. En este sentido, muestra aprecio por lo que en el ritual católico se denomina el rito B, que consiste en una celebración comunitaria de la penitencia, con un momento de confesión individual incorporado en la ceremonia.

Eucaristía

El autor dedica cinco capítulos a la eucaristía, que considera —con razón— la joya central del conjunto sacramental. Los capítulos desarrollan aspectos diversos del misterio: en cuanto alimento, presencia, sacrificio, y foco latréutico.

El autor intenta mantener el equilibrio entre lo que considera un craso realismo (en el que parecen haber caído algunos autores católicos) y un radical espiritualismo, que es típico de los protestantes. Celebrar la eucaristía no significa literalmente comer el cuerpo físico y beber la sangre de Jesús; tampoco es un simple recordar. «Es ciertamente un auténtico recibir su vida y su espíritu» («It is surely a genuine receiving of his life and spirit», p. 121).

Con respecto al término tradicional de transubstanciación, juzga que fue lo mejor que se podía encontrar en su momento, y que sirvió para subrayar que no se trata de una presencia simplemente local o material del Señor. El Prof. Macquarrie intenta, de todas formas, añadir matices derivados de otras propuestas, como la transvaluación y la transignificación.

Unción de enfermos

El autor intenta basar la explicación del sacramento de enfermos en un concepto holista del hombre, un ser que en ocasiones está necesitado de curación, ni tan sólo espiritual ni tan sólo material, sino en su integridad. El sacramento de la unción revela de manera particular cómo la dispensación salvífica atañe a todas las dimensiones de la persona humana (cfr. pp. 164-166).

Orden

Comprensiblemente, dada la intención ecuménica del trabajo, dedica al sacramento del orden un tratamiento relativamente extenso.

En un capítulo inicial se trata la noción de «ministerio» en general. En sentido amplio, afirma el autor, el concepto es aplicable a todos los cristianos, ordenados o no). Este punto de arranque es interesante, porque subraya el hecho de que «ministerio» en el contexto eclesial implica «servicio» o «diakonía» más que poder, honor, o privilegio. El enfoque conecta estrechamente con la autodescripción del Señor, como quien ha venido, no para ser servido, sino para servir.

Idea también válida es que el concepto de «ministerio» tiene aplicación a los laicos (cfr. pp. 169, 172-3): como dice el autor, no tanto en el sentido de asumir papeles litúrgicos, como en el sentido más profundo de cumplir deberes y obligaciones en el mundo, en servicio a los hombres. Con este servicio, y con el testimonio y el sacrificio, el cristiano desempeña un «ministerio» íntimo.

En el capítulo sobre el papado, el autor se muestra abierto a la idea de la función unificadora del primado petrino, pero siempre dentro de un contexto colegial (cfr. pp. 206, 209-210). Manifiesta, sin embargo, disconformidad con manifestaciones históricas y formulaciones concretas de esta primacía. Critica una concepción del papado como puesto de poder y dominación (cfr. p. 205). Se confiesa incómodo con dos conceptos: (1) el de infalibilidad (aunque admite que la infalibilidad de la Iglesia en general puede manifestarse concentradamente en un individuo, cfr. p. 213); y (2) el de jurisdicción papal —universal, ordinaria, inmediata— sobre la Iglesia. Considera desafortunadas las formulaciones de algunos documentos, como p. ej. la bula *Unam sanctam* de Bonifacio VIII, que es citada (cfr. p. 206) como ejemplo de formulación demasiado fuerte de la autoridad y jurisdicción del Papa, y el decreto *Aeterni Patris* del Concilio Vaticano I, citada (cfr. pp. 213-214) como jurídicista y tendente a concentrar el poder en una persona. Sintoniza más con el Concilio Vaticano II (cfr. p. 209) que mantiene que la Iglesia verdadera de Cristo «subsiste» en aquella que mantiene comunión con el sucesor de Pedro.

En este punto cabe apuntar dos peculiaridades en la metodología del autor. En primer lugar, se diferencia de la empleada habitualmente en el ámbito católico, porque es más proclive a contraponer textos magisteriales de diversas épocas. El método católico se asienta en una perspectiva de la «analogía de la fe», tomando en conjunto las formulaciones históricas con el convencimiento de que —a pesar de las limitaciones del lenguaje— las enseñanzas magisteriales poseen una sustancial continuidad y validez. Por lo tanto, hace mayor hincapié en el carácter complementario de textos pertenecientes a distintas épocas históricas.

Un segundo punto a destacar es que el autor no se detiene mucho a explicar las circunstancias históricas de los pronunciamientos magisteriales, que podrían hacer menos llamativas sus afirmaciones. P. ej.: no sitúa en su contexto histórico —de polémica con Felipe IV el Hermoso— la cita (p. 206) de *Unam sanctam* de Bonifacio VIII, lo cual hubiera permitido deslindar con mayor exactitud la intención dogmática del documento.

En los muchos capítulos que dedica al orden, hay una omisión clamorosa: no entra en la cuestión de la ordenación de mujeres. Puede obedecer a que la actitud del autor es más aproximativa que polémica, buscando sobre todo puntos que los anglicanos tienen en común con los católicos. Es justo decir, sin embargo, que es precisamente al ordenación de mujeres uno de los puntos que constituyen las «importantes diferencias eclesiológicas» que permanecen entre la confesión anglicana y la católica, como se dice en la declaración conjunta del 2 de octubre de 1989 del Papa Juan Pablo II y del Arzobispo de Cantorbery y primado de la comunión anglicana, Robert Runcie.

Matrimonio

El autor reflexiona sobre las relaciones conyugales en clave personalista. Cada individuo, dice, vive una historia de formación de su núcleo íntimo. A este proceso formativo de la personalidad contribuyen los compromisos y vínculos que uno adquiere, así como las relaciones más o menos profundas que entabla (incluidas las sexuales) (cfr. p. 225). En este cuadro dinámico-continuo de definición de la persona, se da una réplica al concepto de «usar y tirar» («the disposable person», cfr. pp. 221-222) de los tiempos modernos, que tanto ha afectado la estabilidad de la institución matrimonial.

El autor cita los tres fines del matrimonio recogidos en el *Book of Common Prayer* del anglicanismo: la procreación; el remedio de la concupiscencia; el apoyo mutuo. En cuanto al segundo punto, observa que éste se ha ido quedando en segundo plano en la exposición del matrimonio. Ofrece como posible explicación el que la promiscuidad reina mucho en la sociedad actual, haciendo prácticamente ininteligible una presentación del matrimonio como camino (único) para

dar cauce a la concupiscencia. Nos parece que hay una razón más profunda por la cual este punto se formula hoy en día de manera mucho más matizada: la recuperación moderna de la idea del valor divino de la vocación matrimonial (*sacramentum magnum*, como ya decía S. Pablo), y de la santidad de las obligaciones matrimoniales (incluidas las relaciones conyugales: *humana simul et divina conso-cians*, dice *Gaudium et spes*, n. 49). A diferencia de posturas maniqueas o gnósticas, la visión cristiana guarda un aprecio al cuerpo y a la sexualidad humana.

* * *

En resumen, podríamos decir que esta obra tiene interés especial. Representa una oferta anglicana de diálogo con el catolicismo (y también con el protestantismo). Ofrece citas abundantes ilustrativas de la fe anglicana. Muestra un conocimiento razonable de la doctrina del *Catecismo de la Iglesia católica* y del Concilio Vaticano II, así como de autores antiguos y teólogos modernos (católicos, protestantes, anglicanos). Elemento particularmente relevante son las afirmaciones citadas de documentos de la ARCIC (aunque no se citan pronunciamientos conjuntos posteriores al 1989).

El trabajo ofrece además una visión «interior» del anglicanismo. Refleja, p. ej., cierto *aggiornamento* que ha ocurrido en este ámbito: la gradual re-ritualización de la penitencia (que en siglos anteriores había sufrido un declive); un planteamiento más personalista del matrimonio.

Ciertamente, algunos de los puntos de vista expresados en la obra del Prof. Macquarrie resultan discutibles, como hemos tenido ocasión de apuntar más arriba. Sin embargo es de agradecer el talante abierto del autor hacia las posturas católicas. Sólo queda expresar la esperanza de que, con esfuerzos como el que se refleja en este libro, católicos y anglicanos vayan dando pasos hacia un contacto cada vez más fructífero, al finalizar el segundo milenio.

José ALVIAR

Livio MELINA, *Moral: entre la crisis y la renovación*, 2ª edición revisada, EIUNSA, Madrid 1998, 136 pp., 17 x 24, ISBN 84-87155-65-0.

En este libro se examinan los «principios fundamentales», las bases sobre las cuales la moral —entendida como ciencia teológica— se construye, y de las que depende su propia existencia.

Respecto a la primera edición italiana (Milán 1993), la edición española ha sido completada con un capítulo sobre el tema de la «gradualidad», de gran